

Exclusión cultural en América Latina y el Caribe

Martín RODRÍGUEZ ROJO

Correspondencia

Martín Rodríguez Rojo

Facultad de Educación y
Trabajo Social, Paseo Belén 1,
Campus Miguel Delibes, 47011,
Valladolid

Tel.: 983 42 34 36

Fax 983 42 34 35

E-mail: martin@pdg.uva.es

Recibido: 04/06/2010

Aceptado: 18/06/2010

RESUMEN

En este artículo se pretende hablar de lo siguiente: 1) La existencia de la exclusión no sólo personal, sino también grupal y cultural. 2) Marco lógico donde se ubica la exclusión cultural. 3) Necesidad de una cartografía cultural de América Latina y del Caribe. 4) La prepotencia excluyente del monoculturalismo.

PALABRAS CLAVE: Exclusión social, Educación, Cultural, América Latina y el Caribe.

Social exclusion in Latin America and the Caribbean

ABSTRACT

In this article the following topics will be discussed: 1) the existence of not only exclusion at personal level, but also cultural and group exclusion; 2) the logical framework of cultural exclusion; 3) the need of a cultural mapping of Latin America and the Caribbean; and 4) the excluding arrogance of monoculturalism.

KEYWORDS: Social exclusion, Education, Cultural, Latin America, The Caribbean.

Introducción

Con estos cuatro puntos deseamos enfatizar el peligro que corre el mundo de hoy rompiendo la convivencia entre las culturas. Cuando se excluye a una cultura, a un grupo sociocultural del mapa, se masacran los genes de la civilización. Se pierde la energía vital de la raza humana, a la que se priva de una aportación más para la realización de su existencia. Si cuando muere una palabra, muere parte de la humanidad, como decía el escritor Miguel Delibes, con mayor razón podremos

decir que al extinguir una cultura creada por cualquier colectivo humano, “la Humanidad pierde una pieza genética clave en la construcción de significado para comprender e interpretar el mundo” (DELGADO i CLAVERA, 2010). Necesitamos de todas las manos y de todos los simbolismos, de todas las expresiones y de todas las manifestaciones del sujeto cognoscente para allanar las dificultades de la vida, para alcanzar el desarrollo de la dignidad humana. Encarar, pues, el tema de la exclusión cultural no es una veleidad ni un capricho de escritores. Es, por el contrario, un ejercicio de responsabilidad social. Merece la pena dedicar unas reflexiones a tal problema en un monográfico que trata de la educación y exclusión social.

1. El campo de las exclusiones

La Pedagogía y la Psicología suelen referirse a las personas, cuando se habla de exclusión. El niño, hijo de un inmigrante, es sometido a mofa en el aula del colegio. La adolescente de piel negra puede ser arrinconada por sus compañeras del barrio donde vive. El musulmán trabajador en la FASA suele almorzar retirado del grupo de obreros que paran a mitad de mañana para tomar el bocadillo. Son casos de exclusión, referidos a una persona, a un individuo. Pero no es sólo la persona a quien la sociedad receptora excluye. También se dan casos de exclusión de grupos, como tales colectivos o culturas que a lo largo de la historia han sido maltratados, mofados, incluso masacrados. Trátese, unas veces, de la cultura judía; de la otomana; de la musulmana, u otras; o de etnias que, como consecuencia de un olvido sistemático, de la falta de ayuda oficial para mantener su lengua o sus costumbres, incluso de una persecución explícita, han desaparecido de la faz de la tierra.

Muy estudiada ha sido la desaparición de la civilización maya. Esta cultura, que ha dejado grandes y, en muchos casos, inexplicables legados a toda la humanidad, podría ponerse como ejemplo de la extinción de otras varias.

Me permito traer al papel lo que un artículo encontrado en la red de redes ofrece en la siguiente fuente: <http://www.mundomaya.com/2009/03/el-colapso-del-imperio-maya/>. Dice así:

“Si tomamos en cuenta que su apogeo se dio precisamente mientras las culturas europeas se encontraban sumergidas en el oscurantismo podemos entender cómo su avance era mayor en cuanto a ciencias, artes y arquitectura. Sin embargo, es aún un misterio el porqué de la desaparición de quienes nos antecedieron habitando esta tierra y dejándonos imponentes ciudades como Tikal, con sus pirámides de hasta setenta (70) metros de alto, o «El Mirador»

(sitio recientemente descubierto donde se afirma la existencia de la pirámide más alta del mundo, con 210 metros de altura).

La cultura Maya aún provoca cientos de estudios, investigaciones y pláticas comunes entre quienes ocupamos lo que una vez fue su hogar, así como por científicos especializados que intentan vislumbrar entre la entelarañada historia y los ininteligibles vestigios, la verdadera causa de la desaparición de esta civilización. Algunos afirman que su desaparición obedece a las «encarnizadas guerras entre pueblos vecinos» que luchaban por el dominio territorial y la expansión de sus imperios. Por otro lado, teorías sobre «hambrunas y sequías» también rondan por las mentes de los estudiosos. Sin embargo, existe también una teoría que, si bien hace muchos años nos podría parecer de ciencia ficción y una mera casualidad, en estas épocas podría ser reconsiderada... dada la ruptura de muchos paradigmas de la humanidad en cuanto a la concepción del tiempo y el espacio. Me refiero a la teoría de que los Mayas pudieron huir fuera de nuestro planeta a través de naves espaciales”.

La conclusión que hoy día se sostiene como más verosímil la resume así el autor de artículo citado: “Un imperio como el maya, debilitado por los factores internos ya citados, bien pudo ser presa fácil de la invasión de los pueblos indígenas de México –factor externo– que provocó muerte, hambre, esclavitud, avasallamiento de la población y el derrumbe de la cultura maya” (DELGADO i CLAVERA, 2010).

Si de hecho, entre las causas que concurrieron a la desaparición de los mayas, se encuentra la imposición de una invasión que otros pueblos hicieron sobre ellos, podremos afirmar para sostener la tesis del presente artículo, que nos encontramos ante un fenómeno importante de exclusión cultural.

Valga este ejemplo de desaparición de una cultura latinoamericana para sostener que no sólo se ha dado (y se sigue dando) la exclusión de individuos, sino también la de grupos creadores de una riqueza cultural tan grande como la maya, para justificar el estudio de la exclusión grupal y no sólo la personal. Si bien el componente material formado por las obras arquitectónicas y artísticas, los conocimientos matemáticos y astronómicos, su preciso calendario, la escritura jeroglífica, la sabiduría recogida en los códices, y la cosmogonía presente en manuscritos como el Popol Vuh, pervive hasta nuestros días, el desarrollo de ese interesante bagaje podría constituir una riqueza incalculable para nuestros coetáneos, si sus creadores hubieran podido seguir entre nosotros, tratados de igual a igual y en condiciones de vida similares a las que posteriormente se han venido generando en la historia. Toda exclusión es una pérdida, no cabe duda, además de un delito.

2. Enmarque de la exclusión cultural

Si bien es cierto que la exclusión cultural menosprecia y arrincona a los símbolos, las representaciones, los principios, las costumbres y lo celebrativo, entre otras cosas, también es verdad que debajo de esas exclusiones están los agentes que las generan. Esos agentes son las personas reunidas en grupo, son los grupos sociales, son las sociedades. Desde esta perspectiva, la exclusión cultural es una exclusión social. He aquí el marco que acoge y cubre a la exclusión cultural.

Por exclusión social se entiende la imposibilidad de una persona o de un grupo social para participar activamente en las esferas económicas, culturales, políticas o institucionales de la sociedad. El excluido cultural no puede interpretar los hechos ni los acontecimientos desde sus valores; menos aún puede juzgar, ni pensar la realidad desde las teorías que abriga en su interior; ni, obviamente, podrá tomar decisiones desde los principios, actitudes y normas que regulan su cosmovisión. El excluido cultural, además de ser un excluido social, es el “don nadie” con quien no se cuenta para nada porque por no tener ni tiene nombre. Más aún, si quiere pasar desapercibido, no señalado con el dedo acusador de su diferencia, se ve moralmente obligado a cambiar su nombre originario por otro que se asemeje a los impuestos en las pilas bautismales de la cultura dominante. Es el caso de los “cambas” bolivianos siempre considerados como “la nada de la historia”.

Es repugnante tener que observar cómo en el excluido cultural se origina una serie de comportamientos que atentan contra la propia originalidad de su cultura. Es el colmo de la perversión buscada y estratégicamente elaborada por la clase culturalmente dominante. Entre otros comportamientos, quiero señalar algunos, como el desclasamiento, la inculturación voluntaria, la sumisión dóxica, la ilusión colectiva y la doxosofía.

El desclasamiento consiste en olvidarse del origen de donde se procede. Es el caso del joven estudiante en la brasileña ciudad de Manaus, por ejemplo, que perteneciendo a una clase campesina con sus usos y costumbres se hace pasar por el señorito camuflado de la ciudad y de la Universidad donde confiesa ser quien no es y se atreve a criticar los valores mamados en su infancia, no por estar convencido de su falta de ética, sino por miedo a que le consideren inferior, perteneciente a otra cultura rechazada por quien posee ante él un ascendente o por no perder la influencia de quien le interpela. Niega a su padre y a su madre, no digamos a su clase, en aras de conquistar un puesto de trabajo al que no llegaría si confiesa su auténtico origen social.

La inculturación voluntaria se da en el excluido cultural cuando éste acepta los valores de la clase dominante, negándose a sí mismo, adquiriendo los modales

del excluyente y sometiéndose servilmente a los mandatos de quien le explota. Es el mejor ejemplo de alienación de la persona. Popularmente se conoce con el nombre de “cambio de chaqueta”. La chaqueta aquí equivale a cultura.

La sumisión dóxica la consigue el Estado moderno que ha tenido capacidad para legitimarse legalmente ante la población. Dicho Estado no necesita dar órdenes de manera directa ni ejercer coerción física, le basta con la incorporación de los individuos y la organización de la cultura excluida, convirtiéndolos en agentes reproductores de la dominación. El Estado, a través de sus aparatos educativos, docentes y culturales crea disposiciones, diría Bourdieu, para producir unas estructuras cognitivas que incorpora en el esquema mental del excluido de su idiosincrasia y asimilado a la cultura exógena. Esta nueva mentalidad, edificada sobre el terreno de la persona o grupo étnico diferente, será el instrumento capaz de garantizar la creencia en la doxa o simples opiniones sostenidas por el Estado.

La ilusión colectiva se produce cuando la clase económica y culturalmente dominante hace creer a las culturas dominadas que las disposiciones, normas o leyes por ella promulgadas, a través de su representante, el Estado, son las que les convienen, aunque en realidad no tengan en cuenta sus auténticos intereses que les deberían ayudar a liberarse de la exclusión sociocultural en que se encuentran.

Por fin, la doxosofía consiste en valerse de dirigentes pertenecientes a la propia cultura excluida para hacer ver a los culturalmente excluidos que están recuperando su propia cultura nativa mediante ilustraciones teóricas, cuando en realidad están perdiéndola al adoptar en la práctica la cultura dominante. Por ejemplo, al participar en las elecciones oficiales, en los partidos políticos del sistema, en los sindicatos, en las instituciones culturales oficiales donde no se considera la cultura ajena a la imperante, sino sólo a ésta.

Resumiendo, el culturalmente excluido se enmarca en el campo más amplio de la exclusión social y padece el clásico fenómeno de la legitimación a través de los canales político-educativos de que dispone la clase dominante que, a su vez, manipula al gran instrumento de un Estado que no representa el interés de los excluidos, sino el de los excluyentes. Esta legitimación consigue hacer comulgar a la población con “ruedas de molino”, de tal manera que muestra lo éticamente incorrecto como si fuera correcto y al revés.

3. Necesidad de una cartografía cultural en Latinoamérica

Tanto el PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) como UNICEF están exigiendo que se hagan estudios estadísticos sobre la realidad y

situación de los pueblos originarios en América Latina y El Caribe. Actualmente, además de que los estudios no están actualizados, tampoco son coincidentes. Existen diferencias y baile de números respecto a la población total de la población originaria, respecto a la cantidad de pueblos originarios, respecto al número de lenguas y de sus hablantes respectivos, respecto al criterio conforme al cual juzgar quién es persona originaria. Mientras algunos censos lo deducen de la lengua que hablan, otros se fijan en la lengua materna, otros en la autoidentificación y unos últimos en el color o “raza”.

Así, por poner un ejemplo, vemos que la población originaria en Ecuador varía según el criterio que se use para saber quién es originario. Si preguntamos por la lengua que habla el censado en el país habría, en el año 2001, 582.542 originarios, igual al 4,3% del conjunto poblacional del país. Si nos ajustamos al criterio de autoidentificación resulta un censo de 834.418, equivalente a un 6,8% de la población total ecuatoriana. Sin embargo, la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) aseguró, en 2006, que en el país el 33,3% de la población era indígena.

La conveniencia de que este tipo de estudios sea una realidad es evidente. En efecto, proporcionaría una ayuda para la programación de políticas educativas, de desarrollo, lingüísticas, escolares y sociales en general. Por eso la UNICEF tiene el objetivo de elaborar un atlas de exclusión social que actualice y perfeccione los atlas sociolingüísticos existentes hoy día, que al fijarse en aspectos fragmentados no presentan una visión global, panorámica y científica en un grado de calidad satisfactorio.

A continuación, presento algunos cuadros de elaboración propia que ofrecen una aproximación a la situación de los pueblos originarios de ALyC.

CUADRO 1. Pueblos originarios y su población en ALyC.

<i>Países</i>	<i>Pueblos originarios</i>	<i>Población originaria</i>
Brasil	241	734.127
Colombia	83	1.392.623
México	67	9.504.184
Perú	43	3.919.314
Bolivia	39	6.000.000
El Salvador	3	13.310
Belice	4	38.562
Surinam	5	6.601
Otros	37	7.239.859

En una población total de 479.824.248 habitantes para ALyC existen 28.858.580 habitantes que pertenecen a alguno de los 522 pueblos originarios latinoamericanos.

CUADRO 2. Porcentaje de pueblos originarios sobre la población total de cada país respectivo.

Países	% de población originaria sobre población total de país respectivo	Media de la población de los pueblos originarios sobre población total de ALyC
Bolivia	66.2	
Guatemala	39.9	
Belice	16.6	
El Salvador Brasil Argentina Costa Rica Paraguay Venezuela	De 0.2 a 2.3	Según distintos estudios: de 3 a 10%. Según censos oficiales elaborados entre 2000 y 2008: 6,01%. Según PNUD (2004): 10%.

Como se ve en el cuadro, los países que tienen una proporción mayor de población indígena respecto a la totalidad de sus respectivos habitantes son Bolivia, Guatemala y Belice. No en vano Bolivia, que tiene un 66,2% de población originaria, ha sido el primer país de Latinoamérica en contar con un presidente aymara. Un conjunto de seis países: El Salvador, Brasil, Argentina, Costa Rica, Paraguay y Venezuela tienen sólo una media de población indígena que oscila entre el 0,2 al 2,3%. Brasil, que tiene en 2010 186.5 millones de habitantes, sólo está habitado por 734.127 personas originarias. Mientras en Bolivia las luchas de los pueblos originarios han supuesto una reivindicación continua de sus derechos y de su forma de vida, en Brasil estas luchas no han sido tan significativas.

CUADRO 3. Concentración de la población originaria en distintos países latino-americanos. Cuadro síntesis.

Países	% sobre población global originaria	% de población originaria	Población absoluta en algunos países	Población global	Población total originaria
México, Bolivia, Guatemala, Perú, Colombia	87%		<ul style="list-style-type: none"> • México: 9.504.184 • Bolivia: 6.000.000 • Colombia: 1.392.623 		
Otros 20 estados de ALyC	13%				
ALyC	100%			479.824.248	28.858.580
ALyC		<ul style="list-style-type: none"> • Según distintos estudios: de 3 a 10% • Según censos oficiales elaborados entre 2000 y 2008: 6,01%. • Según PNUD (2004): 10% 			

Cuando se habla de Latinoamérica se suele decir que existen varias Latinoaméricas. No es menor el criterio de la concentración de la población originaria a la hora de pensar por qué son distintas esas zonas y países. Resulta que la pobreza suele tener color. Y cuando la pobreza está presente en una mayor proporción en un lugar que en otro, ese lugar presenta características diferentes en muchos ámbitos, no sólo en el de la escasez económica. Todas las debilidades individuales y sociales se multiplican cuando acucia el hambre. Todos los defectos afloran cuando no hay cultura. La falta de participación social o exclusión cultural encuentra su caldo de cultivo en la ignorancia, consecuencia casi siempre de la falta de escuelas, del absentismo escolar o de la necesidad de llenar las horas de colegio buscando la subsistencia vital por los escombros, los basureros, los cubos de basura o limpiando zapatos en la plaza mayor de la ciudad durante el horario escolar. Todos los resquicios humanos se sienten heridos cuando no hay salud, y eso precisamente constituye la pobreza, una carencia en todos los aspectos: hambre, incultura, analfabetismo, insalubridad. El conjunto de esas situaciones constituyen la columna vertebral de la exclusión sociocultural. El análisis sociológico de la realidad latinoamericana arroja la conclusión de que la exclusión cultural y la pobreza han venido coincidiendo durante 500 años en el trinomio pobreza-exclusión-indigenismo. No es imprudente pensar, pues, que la concentración de la población originaria divide y caracteriza profundamente a los

pueblos latinoamericanos. De donde, a su vez, se deduce que el problema de la exclusión sociocultural es una fuente de riqueza, si se elimina el problema, o un pozo cargado de dinamita, si no se le busca solución.

A este cuadro “síntesis” quiero añadir algunos datos de interés que le perfilan y completan. Se refieren a las lenguas que reflejan el núcleo más palpitante y sustancial de cualquier cultura. Son éstos:

- Los 522 pueblos indígenas existentes en ALyC, como hemos dicho, hablan 420 lenguas distintas, de las cuales 103 son transfronterizas, es decir, se hablan en dos o más países.
- América Latina tiene la mayor riqueza del mundo en familias lingüísticas, con casi 100.
- 44 pueblos indígenas usan hoy en día el castellano como único idioma y 55 emplean solamente el portugués.
- El 26% de las lenguas indígenas de la región se encuentra en peligro de extinción.
- Brasil es el país con más diversidad de pueblos indígenas con 241 pueblos que hablan 188 lenguas.
- El quechua se habla en siete países: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador y Perú.
- En Lima y Buenos Aires se habla aymara y quechua.
- Los hablantes de náhuatl están impulsando, en México D.F., la educación en su lengua.
- Los afroindígenas garífunas mantienen vivo el uso de su lengua en comunidades y ciudades de Belice, Guatemala, Honduras y Nicaragua.
- 108 pueblos indígenas son transfronterizos.
- Argentina tiene 29 pueblos indígenas diferentes.
- Más del 70% de la población mapuche habita en ciudades y centros poblados de Chile y Argentina.

Finalmente, para completar este epígrafe, terminaré refiriéndome a un país concreto, Bolivia, para resaltar la composición de sus pueblos originarios e indígenas, organizados en tres grandes regiones, la Amazónica, el Chaco y los

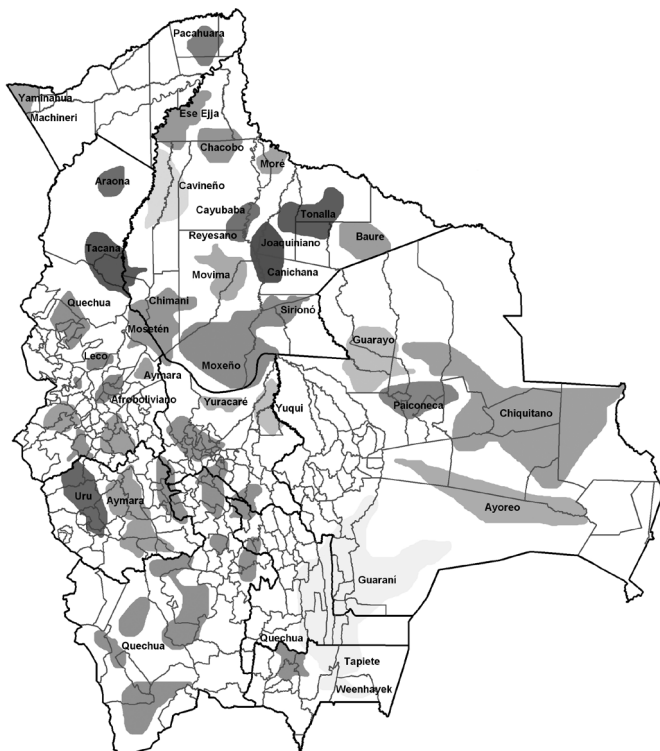
Andes. Son los siguientes (entre paréntesis se expresa la población de grupo étnico y sin paréntesis el número de hablantes de su lengua):

CUADRO 4. Pueblos originarios de Bolivia.

<i>Región</i>	<i>Grupo</i>	<i>Familia</i>	<i>Población</i>
Amazonia	Afroboliviano		
	Araona	Tacana	81 (90)
	Ayoreo	Zamucana	771
	Bauré	Arawak	13 (630)
	Canichana	(Aislada)	3 (583)
	Cavineño	Tacana	1.180 (1.736)
	Cayubaba	(Aislada)	2 (800)
	Chácobo	Pano	550
	Chimane	Mosetena	4.000 (5.900)
	Chiquitano	(Aislada)	5.855 (47.000)
	Chiriguano	Tupí	33.670
	Ese Eja	Tacano	225
	Guarasugwe		
	Guarayo	Tacano	5.900
	Itonama	(Aislada)	10 (5.000)
	Joaquiniano	(Aislada)	
	Lecos	(Aislada)	50
	Machineri	Arawak	140
	Maropa	Tacano	10 (4.118)
	Moré	lenguas chapacura-wiñam	76
	Moseté	Moseteno	750
	Movima	(Aislada)	1.450
	Moxeño	Tupí	
	Nahua (etnia)	Pano	
	Pacahuara	Pano	18
	Sirionó	Tupí	400
	Takana	Tacana	1.821 (5.058)
	Toromona		25-200
	Yaminahua	Pano	137
	Yuqui	Tupí	125
Yuracaré	(Aislada)	2.675	
Chaco	Guaraní	Tupí	
	Tapieté	Tupí	70
	Weenhayek	Mascoyano	1.800
Andes	Aymara	Aimara	
	Chipaya	Uru-chipaya	1.000
	Kallawaya	Lengua mixta	
	Quechua	Quechua	2.400.000
	Uru	Uru-chipaya	2 (500)

Tres zonas que cobijan a 39 grupos étnicos: treinta y uno en la Amazonia; tres en el Chaco y cinco grupos en la zona de los Andes. En esta última se encuentran los grupos más numerosos, como son los quechuas (un millón seiscientos mil) y los aymaras (un millón cien mil), aunque no todos los miembros de estos dos grupos habitan allí, pues muchos de ellos también están repartidos por otros departamentos de Bolivia. Se observará que algunos grupos cuentan con muy poca población y otros con muy pocos hablantes. Ambas circunstancias ponen en peligro su permanencia.

En el siguiente mapa se plasma la ubicación de estos grupos.



4. La cultura eurocéntrica autoerigida en modelo de civilizaciones

Llegados a este punto del discurso debemos hacernos una pregunta: ¿realmente estos grupos étnicos han sido históricamente excluidos? La conciencia de la humanidad, que hoy día ya ha pasado por varios momentos de autorreflexión

y examen de sus comportamientos, afirma decididamente que, generalmente, el trato dado a estas poblaciones a lo largo de la historia ha sido o de aniquilación, o de exclusión, siempre de desprecio autosuficiente y orgulloso. Bastaría con leer la historia de las civilizaciones, las narraciones de las conquistas y de los descubrimientos, las descripciones del colonialismo y de los viajes de los barcos arrastradores de especias, de oro, plata, cobre y estaño, surcando el Atlántico.

Pero mi respuesta se va a fijar en un análisis más general protagonizado por el filósofo Enrique Dussel (2001) a quien necesariamente hay que seguir cuando se trata de desmenuzar el discurso de la transmodernidad y del sistema-mundo. Su tesis general y enunciada de forma abstracta y general sostiene: el proyecto moderno eurocéntrico ha mostrado sus garras de fiera en los cinco últimos siglos que ha durado su imperio. En efecto, la economía liberal-capitalista se ha aprovechado de las inmensas riquezas de las minas latinoamericanas para inaugurar y desarrollar su edad de oro, gracias al dinero que Potosí con su Cerro Rico, Argentina con sus inmensas llanuras apacentadoras de carne vacuno, Perú con su algodón, Paraguay con sus kilovatios de Itacú, Chile con su salitre y Brasil con su azúcar, exportado desde Bahía y Pernanbuco, han proporcionado el lanzamiento del orden social capitalista. Esta economía, esquiladora del planeta, ha necesitado crear una cultura justificadora del mercado: la cultura eurocéntrica, ensalzada por Hegel, justificada por Kant y explicada por Comte, por Weber, por Heidegger.

Se trata de una cultura, la occidental, engarzada con la exaltación de la razón, defensora de unos valores de libertad, igualdad y fraternidad, gritados por la revolución francesa de 1789. Desde este momento con mayor fuerza, y ya desde 1492, Europa se ha considerado a sí misma como el centro de la verdad, el faro iluminador, fuera del cual no hay salvación. La expansión civilizadora europea ocultará e ignorará como inexistentes todas las culturas anteriores a sí misma. La exterioridad al sistema-mundo, centrado en los límites de Europa, no ha existido para ella. Lo no europeo, al no regirse por la fuerza de la racionalidad lógica cartesiana, deductiva y lineal (RODRÍGUEZ ROJO, 1997), ha sido ignorado como cultura sin historia. Este proyecto moderno se convirtió con rapidez en un proceso de exclusión y negación de otras culturas. Fue la cultura europea-occidental la que era universal y, por tanto, la única que merecía la pena ser respetada y acatada como portadora de la verdad única. “La exclusión de lo no europeo como criterio civilizador dio a Europa –que ya ejercía la hegemonía militar, económica y política– dominación cultural e ideológica”, dice Dussel (2001). Hasta los mismos excluidos se lo creyeron y siguieron, como los imitadores, la occidentalización de sus propios países, de sus instituciones académicas y de sus orientaciones educativas. Ser alguien en Latinoamérica supondría acudir a Cambridge, a Lovaina, a la Sorbona o a Bolonia. Las culturas originarias, llámense incas, mayas, aztecas,

aymaras, orientales, en general, eran simples conjeturas, no científicas, pura intuición, conjunto de deseos, de voluntarismo o de hechicería. Al mayor grado que podían ascender era al calificativo de opinables, ancladas en la afirmación de valores no probados.

El proyecto moderno fue el motor de la exclusión cultural de lo ajeno a sí mismo. Si bien la postmodernidad reniega de la “modernidad en cuanto dominación de la «cantidad» y de la subjetividad del «cogito» sobre la comprensión ontológico-radical del ser (HEIDEGGER, 1977), como crítica de la razón instrumental (HORKHEIMER) de la universalidad abstracta desde la diferencia o el «diferendo» (DERRIDA, LYOTARD), del «pensiero forte» (VATTIMO), etc.”, de ninguna manera esta crítica postmoderna “pone en cuestión la centralidad del eurocentrismo”, sigue diciendo Dussel.

De esta manera modernidad y postmodernidad siguen siendo excluyentes de otra manera de pensar que no se ajuste a los intereses europeos. El resto de las culturas tendrán que seguir siendo dependientes si quieren contar en el concierto de la ciencia, tendrán que seguir siendo clientes del colonialismo del poder racional, inferiores ante la superioridad de la monocultura de la razón que se erige a sí misma como rectora del saber y del progreso.

No hace falta, pues, acudir a datos empíricos que prueben la soberbia de la cultura occidental cuando ésta pretende anular, excluir o ningunear a las otras culturas amerindias. Nosotros hemos preferido utilizar el argumento filosófico, nacido de un conjunto de intelectuales que, en torno a la idea de modernidad descolonial, configuran un proyecto que ellos denominan la modernidad “descolonial” o descolonizadora, diríamos desde el castellano de España. Constituyen esta familia de intelectuales el profesor de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, Santiago Castro Gómez (en SAAVEDRA, 2007), Ramón Grosfoguel (2007), el filósofo argentino-mexicano Enrique Dussel (2001), el sociólogo peruano Aníbal Quijano (2000) y el semiótico y teórico cultural argentino-estadounidense Walter Dignolo (en SAAVEDRA, 2007), a quienes se asocia, entre otros muchos, el cineasta boliviano Jorge Sanjinés. Todos ellos critican la postura monocorde del proyecto moderno, destapan la prepotencia excluyente de Occidente y propugnan el programa de “una lógica de la producción histórica de la diferencia”, porque creen que Latinoamérica puede continuar llevando a cabo una *política de lo distinto* que su historia ha producido.

Este ataque crítico-filosófico (ESTERMANN, 2006) intenta destruir de un golpe seco la pretensión impositiva de una Europa incapaz de salir de sí misma para encontrarse con el otro, con otras maneras de explicar la realidad, menos lineales

y más holísticas, más integrales y menos racionalistas, más interculturales y menos egocéntricas, más relacionales y menos individualistas, más interdisciplinarias y menos fragmentadas, menos seguras de sí misma y más abiertas al todo de una realidad sistémica e interdependiente.

Referencias bibliográficas

- DELGADO I CLAVERA, E. (2010). *La cultura en el proceso de desarrollo*. Disponible en internet: <http://www.mundomaya.com/2009/03/el-colapso-del-imperio-maya/>
- DUSSEL, E. (2001). *Hacia una filosofía política crítica*. México: Edicol.
- ESTERMANN, J. (2006). *Filosofía andina. Sabiduría indígena para un mundo nuevo*. La Paz: ISEAT.
- GROSFUGUEL, R. (2007). "La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales: transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global". En J. L. Saavedra, *Educación Superior, interculturalidad y descolonización*. La Paz: PIEB y CEUB.
- HEIDEGGER, M. (1977). "The age of the world picture". En M. Heidegger, *The question concerning technology* (pp. 115-154). New York: Harper and Row.
- MIGNOLO, W. (2000). *Local Histories/Global Designs. Essays on the coloniality of power, subaltern knowledges and border thinking*. Princeton: Princeton University Press.
- QUIJANO, A. (2000). "Coloniality of power, ethnocentrism and Latin America". *Nepantla*, 1 (3), 533-580.
- RODRÍGUEZ ROJO, M. (1997). *Hacia una didáctica crítica*. Madrid: La Muralla.
- SAAVEDRA, J. L. (2007). *Educación Superior, interculturalidad y descolonización*. La Paz: PIEB y CEUB.